

solución política. Y volvió al Gobierno quien tanta culpa tuvo en la gran derrota. Pero, como evidenciaban sus antecedentes, no podía ser ese hombre el salvador de Méjico. Y pronto tendrá que volver a partir hacia el destierro.

La Revolución se instala en el poder. Gómez Fárías, Ocampo, Juárez, Comonfort, Lerdo... Y comenzó el despojo de la Iglesia. Fue un episodio más de la que significó la tiranía liberal en el siglo XIX. La Constitución de 1857 ya no pudo dejar dudas a nadie. La guerra civil era inevitable. Y el salvajismo fue, una vez más, el acompañante de los revolucionarios.

El tratado McLane y las leyes de Reforma son dos hechos vergonzosos de la historia de Méjico que pesan sobre Juárez de modo tal que toda la hagiografía del poder no puede lavarle de su responsabilidad.

La pugna entre los dos Méjicos pareció inclinarse del lado tradicional. El general Miramón, una de las figuras más atrayentes de la historia mejicana, tuvo en jaque a Juárez pese a contar éste con el apoyo norteamericano que una vez más se inclinaba a lo peor. Pensando sin duda, aparte las vinculaciones masónicas, en las ventajas que ello le reportaría. Pero era imposible mantener victoriosa una situación tan desproporcionada y Miramón tiene que abandonar la capital. El saqueo de la catedral por los juaristas es buena muestra de cuáles eran sus inclinaciones: Y al igual que con la sede metropolitana ocurrió con las restantes iglesias de Méjico capital. Como antes había pasado con otras de los Estados.

Las ejecuciones de Ocampo y Santos Degollado y el asesinato de Comonfort cierran el período, dejando al indio Juárez dueño absoluto de la situación revolucionaria. La intervención extranjera que llevó al trono de Méjico a un archiduque austriaco masón se sale ya de este período. Seguramente Abascal la está escribiendo ya. Será un nuevo servicio a su patria y a la historia de la contrarrevolución.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA.

Vicente Marrero: EL P. ARINTERO Y RAMIRO DE MAEZTU (*)

Nuestro admirado amigo Vicente Marrero, autor de los más fecundos por su producción al tiempo que de los más variados

(*) VICENTE MARRERO, *El P. Arintero y Ramiro de Maetzu*, La Vida Sobrenatural, Salamanca, 1986, 67 págs.

por las temáticas que cultiva, con este breve libro sobre *El P. Arintero y Ramiro de Maeztu*, vuelve a acreditar su dedicación a los estudios sobre este último.

Una dedicación en la que figura casi en solitario y que viene de muy atrás, de 1955 en que publicó su *Maeztu*, por el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y que sigue constituyendo la más completa aproximación a la figura y a la obra de don Ramiro. Empeño prolongado posteriormente con la edición, dirigida también por él, y que quedó inconclusa, de las *Obras de Maeztu*.

* * *

Ahora, en este breve ensayo, apunta las relaciones del autor de la *Defensa de la hispanidad* con el afamado teólogo dominico P. Arintero, quizá el máximo cultivador de la teología espiritual en nuestro siglo, muerto con fama de santidad en 1928 y cuyo proceso de beatificación está abierto.

Relaciones que se enmarcan en el tema más amplio —que Marrero esboza y del que me consta tiene otros estudios en el colete— de la religiosidad y profundidad espiritual de Maeztu. Y que, ciertamente, referidas a su fase de madurez, no pueden sino ser consideradas como «unitarias» (pág. 16). Sin que alcancen a oscurecer tal calificación el uso de expresiones verbalmente cercanas a Kant y a Nietzsche —aunque sin asumir nunca, ni siquiera en las fases anteriores de su trayectoria personal, el fondo de esas ideologías— o ciertas imprecisiones perfectamente explicables al no tener detrás unos estudios sistemáticos de teología. Lo que permanece imborrable, a pesar de todo, es una espiritualidad centrada en lo verdaderamente fundamental, que tuvo ocasión de rubricar con su sangre en 1936.

Maeztu nombra frecuentemente al P. Arintero —el maestro Arintero dice con énfasis en alguna ocasión—, principalmente en sus obras de madurez, entre las que sobresalen las dos *defensas* que llegaron a ver la luz de la trilogía que había planeado: *Defensa de la hispanidad* y *Defensa del Espíritu*. En la primera le cita incluso como uno de los grandes *valores positivos y universales* de nuestra cultura: «La tradición española —escribe— puede mostrar modestamente, pero como valores positivos y universales, un Balmes, un Donoso, un Menéndez Pelayo, un González Arintero».

La primera vez que Marrero encuentra una referencia al P. Arintero en los escritos de Maeztu es en un artículo de 1921 publicado en *El Sol* bajo el título de «Misticismo» (pág. 28).

En artículos posteriores se va advirtiendo el influjo creciente que sus doctrinas místicas empiezan a ejercer en el espíritu del escritor. Es entonces cuando empieza a preguntarse —con esa honestidad tan característica que glosó Salvador de Madariaga en su *España*—, «¿cómo no he oído hablar antes de él?».

En este interrogante, en que Marrero encuentra compendiada la admiración devota del periodista universal por el sabio dominico, está el arranque de un gran esfuerzo para dar a conocer la trascendencia de la obra de Arintero. «Me atrevo a esperar —escribe en *Las Provincias* el 26 de diciembre de 1932— que si ahora volviéramos a tener otro P. Arintero, no se nos moriría sin que nuestras clases educadas tuvieran alguna idea de su grandeza».

Y es que, cuando comenzó a conocerle —el tema de los contactos personales lo trata el autor de la mano del P. Lebrato, O. P. y haciéndose eco de la tradición oral de la orden de predicadores (págs. 34-36)—, quedó impresionado por su luminosa doctrina sobre el universal llamamiento a la santidad y por su desarrollo de la acción del Espíritu Santo en las almas a través de los dones, como destaca el P. Armando Bandera, O. P. en su muy ajustado prólogo.

La labor de difusión cultural de Maeztu con el P. Arintero al fondo logra su «más inspirado encomio» (pág. 47) en un artículo de 1932 publicado en *ABC*: «Si se es gran figura intelectual —estampa casi en los comienzos— por la amplitud de la sabiduría, la firmeza y cuantía de la obra, el estilo *señor* y la influencia sobre las almas superiores, ¿qué duda cabe que, a la muerte de Menéndez Pelayo, «el» maestro era González Arintero?».

La gran ilusión de Maeztu fue revitalizar lo que llamaba el catolicismo tradicional español. Que se le aparecía, en los últimos años, sumido en una dolorosa crisis. ¿Quién le iba a decir —se pregunta Marrero— que, muy pocos meses después de haberse lamentado de la indefensión del hecho cristiano y civilizador, surgiría en España una explosión del espíritu religioso como no se conocía desde hacía tiempo? España —como le ocurriera a él años antes— se había reencontrado con los grandes principios rectores de su historia. Había recuperado su pulso. Se había reconciliado con Dios.

* * *

Nos encontramos ante una obra en la que el discurrir de la

narración va perfectamente acompasado con los textos a que se refiere. Para ello, el autor ha tenido que podar su discurso de digresiones, tratando de perfilar sólo unas líneas básicas entre las que deja fluir el pensamiento del propio Maeztu.

Lo ceñido de sus páginas y lo acertado de las sugerencias que aporta, demuestran que Vicente Marrero ha dado en la diana con este tipo de ensayo, en el que se desenvuelve con la misma maestría que en sus obras más «abundantes», presentando además la inestimable ventaja de ahorrar las insistencias frecuentes y los hiatos discursivos que se han reprochado a algunas de sus obras.

No quiero, sin embargo, dejar sin mención ciertas observaciones que vierte en las primeras páginas, como encuadre de la figura de Maeztu, y que me parecen discutibles. Maeztu, es cierto, no confundió religión y política —y en esto no sólo se ajusta a la enseñanza del Concilio, como sostiene Marrero, sino que es fiel a la doctrina perenne de la Iglesia—, pero su pensamiento se inscribe en la tradición católica y española que propugnan de consuno un régimen de *crístiandad*. De ahí que no encuentre afortunada la referencia que a la situación de *crístiandad*, considerándola superada, hace.

Finalmente, quiero hacer una digresión que me sale espontánea de la lectura del hermoso libro de Marrero y del repaso, que en los días en que lo leía estaba haciendo, de la obra del Morente converso. Quizá por esa proximidad me brota un acercamiento entre ambas figuras. Y si no osaré entrar a analizar los modos de actuar de la gracia, sí me internaré en los procesos intelectuales que hay detrás de sus respectivas trayectorias espirituales. Y que desde caminos cabalmente inversos llegan a encontrarse en un punto: Maeztu, que según propia confesión nunca llegó a romper del todo los lazos que le unían a la Iglesia, llegó a la vivencia más pura de la fe desde su apasionado amor a España; a Morente, en cambio, europeizador de la escuela *institucionista*, es la recuperación de la fe en Cristo la que le abre de modo fulminante los ojos a las claves de la tradición y la historia españolas.

Ambos llegan —de modo diferente, si se quiere, pues, como mostró Fernández de la Mora en un artículo espléndido, sus concepciones de la hispanidad son distintas— a la simbiosis de la religión y la patria. No para hacer de ésta objeto de un culto idolátrico, ni para convertir aquélla en modo alguno en su *ancilla*. Sino para llevar las almas a Dios: procurar la «salus animarum» que, en definitiva, es la «suprema lex».

Recordarlo, hoy que la idea misma de Estado católico es objeto de todo tipo de escarnios, es algo que podemos deducir de la experiencia de un Morente, al conmemorar el centenario de su nacimiento. Es algo que podemos deducir de la experiencia de un Maeztu, cuyas relaciones con el P. Arintero, en el cincuenta aniversario del fusilamiento de aquél, son primorosamente reconstruidas y descritas por ese agudo pensador y escritor de talento que es Vicente Marrero.

MIGUEL AYUSO.

**Gabriel Alférez Callejón: SISTEMAS SOCIALES
CONTEMPORANEOS (*)**

El mejor elogio de este libro lo hizo don Eugenio Vegas Latapie con estas palabras: «Muy útil para el conocimiento de falsas doctrinas, expuesto muy aseQUIblemente en preguntas y respuestas y considerando un acierto el presentar sistematizados los diferentes puntos tratados por los Papas en sus encíclicas desde León XIII hasta Juan Pablo II».

Conociendo la mentalidad de Gabriel Alférez Callejón en el terreno religioso, político y social, podríamos adelantar *a priori*, sin necesidad de previo examen, que su obra *Sistemas sociales contemporáneos*, en la línea de sus producciones precedentes, *El orden político al alcance de todos* y *La participación política al alcance de todos*, tenía que poseer como características esenciales la seguridad de un criterio ortodoxo en el planteamiento y solución de los temas que trata y el sentido pragmático con que aborda las cuestiones y las hace aseQUIbles a los lectores menos versados en esas materias.

Y, efectivamente, después de leer y analizar detenidamente *Sistemas sociales contemporáneos*, comprobamos *a posteriori* que las dos características reseñadas, seguridad de criterio y destreza funcional en su presentación, responden adecuadamente al fondo y a la forma del libro que comentamos.

Iniciando esta breve reseña por la forma o estructura externa de la obra, tres factores llaman nuestra atención:

a) La concepción sintética del problema social en sus tres derivaciones, la totalitaria, la liberal y la católica, que constitu-

(*) Villena-Artes Gráficas, Avda. Cardenal Herrera Oria, 242, Madrid.